

Cuando conocí a la pequeña Jenny no pensaba que acabaría de este modo. Es más, el primer día que contemplé su redondo rostro y las cuadradas gafas de plástico que enmarcaban sus tristes ojos marrones pensaba que su imagen sería invariable para siempre.

Era mi segunda semana en el colegio primario de Wiltshire. Jenny tenía seis años de edad aunque debido a su corpulencia aparentaba tener al menos ocho.

Sus padres acababan de trasladarse a la ciudad. Aparentemente contaban con una forma de vida muy activa y viajaban de un lugar del mundo a otro constantemente.

Jenny, a pesar de su corta edad, se expresaba de formas un tanto extrañas, imagino que a causa de las costumbres adoptadas en sus múltiples viajes. Cuando hablaba con algún niño agitaba mucho las manos como si quisiera atrapar algún insecto y tenía también el curioso hábito de mover los ojos de un lado a otro evitando fijar la mirada en la persona con la que mantenía algún tipo de conversación.

Durante los ocho meses que compartí las clases con ella desperté cierta curiosidad por sus poco habituales gestos y por las diferentes formas que tenía de hablar. Cuando la mayor parte de los niños de la clase prefería mantenerse alejado de ella yo, a pesar de las advertencias de mis padres de no pasar mucho tiempo a su lado, desarrollaba un cierto magnetismo hacia Jenny y, en poco tiempo, me convertí en su único amigo.

Mucho tiempo ha llovido desde aquel entonces y mucho ha cambiado todo. He pasado cuarenta crudos inviernos y en todo ese tiempo no he vuelto a ver a la niña de grandes ojos y castañas coletas. He de confesar que a pesar de que durante mi infancia llegué casi a olvidar a mi mejor amiga, al alcanzar la adolescencia volví a interesarme por su vida a raíz de leer en el periódico local que sus padres habían muerto en un accidente que se había producido en una carretera que unía Hampshire con mi ciudad.

A partir de ese momento comencé a interesarme en conseguir información acerca de Jenny, tarea que no me resultaba demasiado difícil debido a que, en el tiempo libre del que disponía, me

dedicaba a realizar algunas labores en una emisora de radio local donde podía acceder a grandes cantidades de información de una forma bastante discreta.

Con el tiempo supe que Jenny seguía la estela de sus padres. Vagando de un lado a otro como si intentara encontrar algo que ni siquiera ella sabía que era.

Pasaron los años hasta que un día supe que la niña, a la que en secreto seguía, se había convertido en la prestigiosa y controvertida doctora Jennifer Marth. Se dedicaba a investigar el comportamiento de algunas especies raras de plantas en determinadas situaciones climáticas y geográficas.

Sus estudios, no exentos de críticas por parte de grupos de científicos y conservadores de todo el mundo, comenzaron a saltar de las más importantes publicaciones médicas a las portadas de los más oscuros periódicos amarillistas que, con un deformado y excéntrico lenguaje ponían en boca de todos el supuesto trastorno que la doctora estaba desarrollando.

Mi nombre es Audie Smithson que, según me han dicho mis padres, significa fortaleza. A pesar de padecer una extraña patología que hace que mi cuerpo se vea cubierto de unas poco estéticas manchas de color blanco, desde los veintidós años me he ocupado de mis asuntos privados y, gracias a los buenos momentos que he pasado en mi trabajo de la adolescencia, he estudiado en la universidad de comunicación social y periodismo. Estos estudios me han permitido convertirme en una persona con suficientes recursos económicos en un tiempo bastante breve debido a la creciente necesidad de información que requería el mundo en ese entonces. Siendo tan joven y con grandes dotes de carisma, los periódicos de todo el país solicitaban mis servicios con una frecuencia tal que a veces me veía obligado a rechazar grandes sumas de dinero a cambio de disponer de algo de tiempo para mí.

Fue un día de septiembre, y con casi treinta años de edad, cuando fui enviado por el *Capitol Post* a investigar acerca de un extraño acontecimiento en torno a Stonehenge, donde los habitantes de mi ciudad natal y los cada vez menos numerosos turistas rumoreaban en oscuras tabernas y sitios

poco frecuentados acerca de avistamientos de poco habituales luces y sonidos que provenían del antiguo monumento.

Al llegar a Wiltshire noté como, a pesar del tiempo que llevaba sin visitarla, todo estaba igual que cuando la había dejado. Todo excepto sus habitantes. La gente de la ciudad había perdido la camaradería y el trato amable que tanto la caracterizaba. La mayor parte de ellos había desarrollado unas horribles mutaciones en forma de enormes verrugas que daban a sus rostros un inquietante aspecto deforme. Otros muchos cubrían sus cuerpos y rostros con capas o grandes sombreros. El lugar se había convertido en un sitio al que probablemente los viajeros que en algún momento deseaban conocer preferirían ahora evitar a toda costa debido a la brusquedad con la que eran atendidos por sus toscos anfitriones. Todos parecían desconfiar de todos y antes de que el sol se pusiera, las puertas de las viejas casas y escasos negocios se cerraban hasta entrado el amanecer. Las calles quedaban convertidas en un deprimente desierto de piedra.

Mi antigua casa se había convertido en pequeño edificio de apartamentos de alquiler donde decidí alojarme, principalmente, para sentirme un poco en mi propia casa. Desempaqué mis cosas y revisé algunas notas, que tenía apuntadas en mi agenda, y un pequeño mapa de la ciudad.

A pesar de que la llegada de la noche en Wiltshire no era excesivamente alentadora, la curiosidad me impulsó a investigar un poco el sitio que un día fue mi alegre hogar.

En mi primer recorrido por la silenciosa y oscura noche me dediqué a vagar por las empedradas calles que me llevaban desde mi antigua casa hasta el colegio de mi infancia. Las excesivamente espaciadas farolas que me acompañaban apenas permitían ver lo suficiente como para evitar tropezar y el silencio era solo interrumpido por el maullar de algún que otro gato en busca de cobijo.

Al presentarse ante mi las viejas y derruidas paredes de lo que en su momento fue mi escuela, me fue casi imposible el sentir cierta melancolía recordando, una vez mas, los buenos momentos pasados dentro del ahora abandonado edificio. Regresé a casa por un camino diferente y

tuve la sensación de estar en un lugar que no conocía de antes, un pueblo fantasma.

Con la seguridad de que durante el día no conseguiría averiguar nada de mayor interés, aproveche algunas horas de sol para descansar sabiendo que a la noche partiría a observar el círculo de piedras.

Al despertar, pasado el mediodía, encontré junto a mis zapatos una nota, escrita en un viejo y arrugado papel, que alguien se había tomado la molestia en dejar con gran sigilo. La nota me invitaba, bajo algún tipo de amenaza, a marcharme de la ciudad para no volver; algo que no hizo más que alimentar mi deseo por averiguar que acontecimientos habían logrado cambiar tanto la forma de comportarse de los habitantes del pueblo.

Tomé algunas notas antes de partir y, como me había convertido en una persona muy precavida, también llevé conmigo la vieja pistola que en algún momento perteneció a mi abuelo paterno, con mis iniciales grabadas en su culata de madera, cargada con su seis balas. No tenía ninguna intención de utilizarla, pero la nota encontrada junto a mi cama me decía que era preferible estar preparado para cualquier imprevisto.

A las seis de la tarde la arenosa carretera que me guiaba hacia mi destino presentaba una erosión poco habitual, como si una gran cantidad de personas la hubiera recorrido a diario durante mucho tiempo. La temperatura descendía a medida que el sol dejaba de iluminar el camino, llegando que echar en falta algo más de ropa con la que protegerme del frío. La noche estaba a punto de caer y pequeños roedores y animales nocturnos comenzaban a asomar y a moverse en silencio para intentar conseguir algo de alimento.

Preferí dejar el coche a una distancia prudente y así poder acercarme al monumento sin posibilidad de ser descubierto en el caso de que alguien hubiera llegado antes; lo escondí tras unos arbustos y me dirigí a paso ágil aunque silencioso para observar el sitio indicado en mi contrato con el periódico.

A medida que la distancia se acortaba empecé a escuchar como suavemente el silencio que

reinaba en la estrellada noche iba desapareciendo para permitir que un murmullo, como el que hace el agua de un pequeño riachuelo al pasar entre medio de grandes rocas, llegara a mí. Me resultó bastante extraño debido principalmente a que no recordaba ningún tipo de río o estanque que cruzara por esa zona.

Finalmente en el majestuoso círculo de megalíticas piedras, en el cual me encontraba totalmente solo, no podía observar ninguna cosa fuera de lugar. Únicamente el incesante sonido que no me permitía disfrutar de un silencio total.

La pequeña inscripción que estaba tallada en el lateral de una de las piedras del altar, en el interior del círculo, es lo último que recuerdo ya que por algún motivo que aún no he podido descubrir mi cuerpo se desvaneció inconsciente en el frío manto de hierba de Stonehenge.

Me era imposible recordar como había llegado al sitio donde estaba. Me encontraba atado de pies y manos pendiendo de una cuerda amarrada a mi cintura en lo que podría definir como un especie de cueva; a unos metros, unas pocas decenas de siluetas encapuchadas esgrimían llameantes antorchas y entonaban al unísono palabras en un lenguaje que era desconocido para mí. A medida que recobraba el sentido, alguien, quien parecía ser quien dirigía la extraña ceremonia, se acercaba con un andar lento a medida que los demás presentes se apartaban a su paso formando un pasillo de marrones y doradas túnicas.

Mi cuerpo estaba cubierto por algún tipo de viscosa y amarillenta sustancia, el nauseabundo hedor a humedad que impregnaba las paredes de mi prisión solo era superado por el que despedía el líquido que empapaba mis ropas.

El extraño ser, escondido tras la gruesa tela de su atuendo, extrajo una daga curvada con la que, sin ningún tipo de reparo, cortó la cuerda que me sujetaba del techo de la cueva y volvió a su atril para continuar entonando sus palabras junto con el resto del grupo. A pesar de que no me encontraba a gran altura mis rodillas no soportaron la caída con mucha efectividad y en una fracción de segundo me encontré tendido en el suelo como un saco que ha caído desde un camión de

mercancías. Por fortuna para mí, la aspereza del terreno y las rocas que se encontraban esparcidas en él rasgaron las ligaduras de mis manos y sin mucho esfuerzo conseguí librarme por completo de ellas sin que los encapuchados pudieran darse cuenta.

Confiados en que no dispusiera de ninguna fuerza, los extraños seres continuaron con su ceremonia dejándome tirado en el suelo a sus espaldas. Sin realizar movimientos bruscos y evitando hacer sonidos que llamaran la atención pude desatar mis pies y en medio del terror que sentía pude incorporarme y echar a correr por lo que parecía ser el único camino posible.

Recorrí varios metros del oscuro y empedrado túnel antes de que pudieran notar mi ausencia. Mientras aceleraba mi paso hurgué sin éxito entre mis ropas en busca del arma que había traído conmigo y a los pocos instantes de andar, aquel murmullo de agua en movimiento volvía a hacerse presente en mis oídos. Esta vez el suave sonido era alterado por voces y gritos que notaba cada vez mas cerca. Corrí con todas las fuerzas que quedaban en mi cuerpo ya que intuía, que de ser alcanzado por la furiosa multitud, no volvería a tener la posibilidad de escapar.

Moviéndome casi en total oscuridad y guiado únicamente por la brisa, que poco a poco se iba tornando mas limpia y seca, conseguí encontrarme con un pequeño hueco en el techo por el cual podía divisar el negro cielo iluminado por la luz de las las estrellas. Realizando un esfuerzo, que seguramente hubiera sido imposible sin la cantidad de adrenalina que recorría mis venas, conseguí alcanzar la salida de ese pasadizo maldito.

Con algo mas de confianza en mi propia seguridad realicé un mapa mental tomando como referencia las piedras de Stonehenge que divisaba a unos doscientos metros y pude encontrar sin demasiado esfuerzo mi coche que permanecía justo debajo de los arbustos donde lo había dejado.

La carrocería del coche estaba cubierta por una capa de polvo que llamó un poco mi atención, ya que en el sitio donde me había ocupado de dejarlo oculto aparentaba ser bastante tranquilo. Al entrar pude divisar, descansando en mi asiento, la vieja pistola de mi abuelo. Seguramente se habría caído de mi bolsillo al conducir hasta el lugar.

Puse el vehículo en marcha y me dirigí nuevamente a la ciudad. Preso del temor que aún recorría mi cuerpo experimentó una serie de contracturas musculares y un intenso ardor en el estómago, no hice mucho caso al respecto y decidí que lo mejor sería descansar un poco.

Al llegar a mi apartamento noté también una fina capa de suciedad y polvo cubriendo el suelo, los muebles y los libros que permanecían sobre la mesa de noche, como si un temporal de tierra hubiera pasado por la habitación. Sin dar mayor importancia me recosté sobre la cama sin siquiera tener fuerzas para asearme y en cuestión de segundos me dormí.

Durante el sueño, la más horrible de las pesadillas se apoderó de mi mente. Pude ver a mis seres más cercanos convertidos en algún especie de zombie o criatura mutante. Todos huían lanzando gritos de terror al verme y a medida que se alejaban sus cuerpos se pintaban de un horrendo color verdoso. El hedor que emanaban era insoportable y su piel se tornaba gelatinosa e inconsistente, se deshacían hasta fundirse con el empedrado de las calles, dejando solo una mancha de una sustancia, de similar aspecto a la miel, que se colaba entre los adoquines hasta desaparecer por completo.

Desperté algo sobresaltado y, debido a que mi reloj de pulsera debió averiarse en las cuevas, desconocía cuanto tiempo había dormido. Lo único que sabía es que no había sido lo suficiente, ¿o es que había sido demasiado?.

Al levantarme encontré una nueva nota. Esta vez estaba encerrada en un sobre con un sello de lacre grabado con las iniciales JM. Preferí esperar a ducharme antes de tocar nada ya que mi cuerpo estaba aún cubierto con la sustancia con la que había sido rociado cerca de Stonehenge.

Permanecí en la ducha el tiempo suficiente como para relajarme un poco y comenzar mejor el día. Al salir del cuarto de baño me vestí y volví a la habitación, tomé la carta, abrí las cortinas y me senté para echarle un vistazo en el escritorio.

El terror sufrido en las subterráneas cuevas del monumento de piedra no era más que el principio. Cada palabra leída de la carta hacía que todos los músculos de mi cuerpo se

estremecieran de pánico y los vellos de mi cuerpo se erizaran. Las iniciales JM no pertenecían a otra persona más que a la doctora Jennifer Marth, mi pequeña Jenny.

Al acabar la carta de la doctora comprendí que todo lo creía saber acerca de mi mismo no era mas que una fantasía. Mi acciones nunca habían dependido de mí y nunca había sido el dueño de mi destino. Mi destino ya había sido escrito hace tiempo. Y solo quedaba una cosa por hacer que dependiera de mi voluntad.

“Querido Audie,

*Se que llevamos mucho tiempo sin vernos pero cuando termines de leer estas líneas te darás cuenta de que ha merecido la pena la espera.*

*Desde que te he conocido he notado mucho potencial en ti, he estado observándote durante años. Puede que tu no lo hayas notado, pero la enfermedad que dicen los médicos que padeces no es más que una bendición. Mis estudios han revelado que eres único gracias a ella, y después de muchos años de investigación por mi parte he conseguido descifrarlo.*

*He realizado gran cantidad de experimentos con plantas, animales y hasta con seres humanos sin llegar a conseguir los resultados deseados pero, esta vez, gracias a los dos meses que has estado en mi laboratorio subterráneo lo he encontrado.*

*Eres la semilla y ahora llevas dentro el compuesto que dará la posibilidad a mi especie de volver a este mundo y reclamarlo como nuestro legítimo hogar. Eres el elegido, ¿no es fantástico?. Dentro de unas pocas horas tu poder surgirá y todo cuanto permanezca junto a ti se transformará en una fuente de energía para nuestra especie. El líquido que recorre tus venas es*

*ahora una fuente de vida que se expandirá hasta cubrirlo todo.*

*No pertenezco a tu mundo, nunca he pertenecido a él, solo he venido a cumplir mi misión, nuestra misión.*

*Jennifer”*

La tinta sobre el amarillento papel se desvanecía a medida que el verde y espeso líquido que brotaba de mi frente caía sobre ella en forma de redondas gotas. Las palabras se convertían en manchas demoníacas que parecía que se burlaban de mí. A medida que el viscoso compuesto tocaba el suelo brotaban unas horrendas raíces que crecían de forma descontrolada inundando por completo mi habitación. Por suerte para la humanidad, siento con la punta de mi dedo pulgar derecho el relieve de mis iniciales grabadas en la madera de la culata de mi vieja pistola.

---

Santiago “T-1000” Radeff, febrero / marzo 2010.